

Introito

Toledillo arde en verano como si fuese el infierno mismo. Diríase brasas que salpican la tierra y de las cuales no se puede escapar. Las bestias buscan con desespero la sombra de los naranjos para huir del sofoco. ¡Ni qué decir de los toledillanos, acostumbrados a su terruño! Van en peregrinación al río Manay; exploran entre el serpenteo de sus aguas un pozo donde sumergirse. Alegan, en defensa de su pueblo, que hacía muchos años no se castigaba a la tierra con una canícula tan inclemente.

¡Yo, Orestes Concha, no soy la excepción!

Taso mis movimientos para imprimir en ellos el impulso estrictamente necesario, a pesar de lo cual, el sudor empapa mi cuerpo y aletarga mi espíritu. Desperezco el sopor de mis extremidades debajo del chorro tibio del baño y alimento el rito durante el día, según el número de bostezos. En la tarde el calor empeora y me consume pasajeramente las entrañas. El agua ayuda a aligerar el bochorno, pero no es suficiente para calmar el incendio que me quema, el cual no se gesta únicamente en el mercurio que desborda el termómetro; también lo nutre, como la leña al fuego, un secreto que me perturba desde hace ya mucho tiempo.

Por fortuna, la rutina ha sido un bálsamo que en algo ha mitigado la zozobra que me embarga. Se ha instalado de buen talante en mi vida, creando una falsa seguridad que me sirve de báculo. Esto ha sido posible gracias, entre otras cosas, a la sirvienta que me atiende hace ya tres años y que conoce mis gustos y disgustos como si fuesen propios, esmerándose por promover más lo primero que lo segundo.

Bautizada con el servil nombre de Severina, es una mujer taciturna y diligente. Demuestra las cualidades de un animal domesticado, obligada a trabajar desde la infancia, como la mayoría en las castas pobres de esta República. Quien se deje llevar por las apariencias, huiría de su lado. Los años la han encorvado; al caminar exhibe una giba exagerada que abulta su espalda lastimosamente. A tal defecto se suma el que suele torcer la mirada, detalle que despista, ya que ve y oye más de la cuenta, según lo he podido constatar. Ignoro cualquier intimidad sobre su vida y me parecería inoportuno y hasta ofensivo cuestionarla al respecto. Claudiqué en tal intento; me bastó su necesidad por un trabajo digno y las buenas referencias escritas de puño y letra del cura Petronilo, en quien confío, pues sus sermones dan prueba de inteligencia, sumándose a dicha cualidad el tono agradable que emplea en ellos, que se aparta extrañamente del común.

Severina sabe servir la mesa a horas precisas; aparece premonitoriamente con un café serrano y un pan de sagú cuando más los necesito. Llega sin falta a las seis de la mañana, se esfuma con una venia a las siete de la noche. En ocasiones diría que parece un fantasma y juraría, si no fuese cristiano, que he sentido su hálito resoplar en mi oído algún recado, sin poder descubrirla al voltear aturdido la cabeza. Debo infundirle un gran respeto ya que apenas osa dirigirme la palabra y vacila antes de tocar a la puerta del estudio, lugar en que suelo recluirme, para anunciar alguna visita o entregar la correspondencia. Aparentemente ha

congeniado bien con Brito, un lacayo devoto que camina a mi lado desde hace treinta y cinco años, a quien presentaré a su debido momento.

A Severina le he dado nuevas instrucciones, alterando así unos hábitos muy arraigados, presentes como el sol de cada día, sin causar con ello ningún asomo de sorpresa en su rostro de jíbara.

Hasta nueva fecha no debe interrumpirme en las mañanas, cuando suelo dormir para compensar en algo el insomnio de escribano; no ha de arreglar el estudio en donde trabajo arduamente en estas letras (queda como un recuerdo del pasado la perfecta disposición de los libros, las tintas y, en fin, de todo lo que puede un anciano ir acumulando sobre un tablón); debe dejar preparada una buena jarra de café negro antes de partir; ha de estar pendiente de abastecer la despensa con lo indispensable para no distraer mis pensamientos con asuntos domésticos. Dentro de las provisiones infaltables está en la obligación de inventariar la existencia de buen vino, traído directamente desde Italia aprovechando mis vínculos del pasado con la Santa Sede. Para que cumpla a cabalidad con mis deseos y desde el instante mismo del nuevo régimen, suelo dejarle unos centavos en una canastilla.

Bajo estas condiciones he creado el ambiente propicio para darme a la última y más loable de mis empresas, por encima del alto rango que ocupé como prelado, o de los avatares que desfilaron ante mis ojos y que aún hoy colman de violencia la triste historia de mi patria. Emprendo presuroso una tarea que deberá reposar en las manos de Juan Antonio y posiblemente en otras cuantas manos más, si él así lo permite. No en vano es bien conocido, desde Homero, que las tragedias alimentan el meandro de la existencia humana.

¡El escribir esta narración no es una labor fácil! Ardua es la faena del carpintero para tallar con sutileza y sin estropicio una forma curva en un tablón de cedro. Alumbrado por el resplandor de tres candelabros romanos y calentado con un vino digno de catar dispongo de mi voluntad para hacer de la derrota un aprendizaje y del dolor una ganancia. Con estas herramientas mojo la pluma de ganso en la tinta amarga del pecado y me entrego a la tarea de denunciar, en un delirio febril e inagotable, una historia turbulenta que mora en los recovecos de mi alma.

En aras de facilitar la lectura de este dictado, me esmero por ser sencillo en el lenguaje y no pecar de ilustre con alegorías que escapen al vulgo. También permito que el libre vuelo de mi imaginación complete lo que la razón calla por propia conveniencia. Si acaso confundo y mis adjetivos no cumplen con tal propósito, suplico indulgencia.

Desde joven intuí un talento innato para las letras. Lo destiné, como la mejor de las cosechas, a la redacción de los sermones o a los pliegos de denuncia propios de mi cargo. Nunca apliqué dicha virtud para divagar acerca de las condiciones de mi torturado espíritu o para describir el fuego que se adueñó de mi sangre y la transmutó en veneno.

¡Heme aquí pues al comienzo de este redentor ejercicio, el que habrá de propiciar el perdón que necesito para morir en paz!

En todo litigio hay un ente acusador y un acusado. El juez espera, con los detalles acumulados a lo largo de prolongadas audiencias, rehacer una historia detallada con el fin de ilustrar los caminos para una sentencia justa. ¡Mal haría yo en prescindir de las costumbres

sabias de la corte, obedientes al buen sentido! Orientado por este orden de ideas y en aras de ser misericordioso conmigo y con el veredicto que generen mis palabras en la mente de Juan Antonio Puerta debo describir, en éste, mi propio juicio, pormenores de mi pasado.

Empiezo, como todo acto natural, desde el instante mismo en que fui concebido. En ese preciso momento y en contra del escepticismo de la razón, los astros comenzaron a jugar con mi destino. Nací bajo la mirada inquisitoria del león que reside en el manto estrellado y, como lo sabría unos años después gracias a la sabiduría del bibliotecario Federico, Capricornio figuró como el ascendente de mi signo.

Mi llegada al mundo estuvo enmarcada por gran agitación política, pues tuve a mal nacer en el Nuevo Reino de Granada, tierra de nadie en ese entonces. Siendo aún una provincia en vísperas de emanciparse de las autoridades regias de España, se acomodaban sus mandatos a los intereses de sus dirigentes, liderados por el Gran Libertador. La incertidumbre de un país en guerra, sumada a las fuerzas planetarias de las cinco y tres minutos de la mañana, tatuaron honda huella en la carne de mi espíritu.

Como si fuese poco, fui el último de seis vástagos. Vine luego de que mi madre sufriese dos pérdidas, sin que nunca imaginase por su edad, más cosechas de su vientre. Deduzco sin dificultad que mi nacimiento en esa helada madrugada de agosto tampoco auguró mayor alegría ni desgracia.

Entre tantos críos fui uno más, atendido a usanza de la época por ayas campesinas, silenciosas por naturaleza y sabias por instinto, contratadas para lidiar infantes. Crecí bajo esa realidad en donde el Orden Divino que nos rige dispuso que a la mujer de bien se le asigne un trabajo desgastador, consistente en consagrar por contrato todas sus energías a las necesidades del marido. Entiéndase no solamente las inherentes a la procreación; también están el tedio de surtir la inmensa despensa situada en la bodega trasera, junto a la pesebrera; la inagotable tarea de la costura, para remendar y rehacer el ajuar de una familia numerosa; el saber llevar con prestancia las costumbres de una sociedad digna en su moral; el cumplir intachablemente con los ritos religiosos, incluido el rezo diario del rosario al final de la jornada, en el que resbalan las oraciones por entre las fatigadas manos y los cansinos párpados. Como si no fuese suficiente, el obedecer en silencio, pues sería un agravio que como mujer opinase sobre los asuntos del Estado.

Inmerso en este azar, mis padres me bautizaron con el exótico nombre de Orestes. Atendieron con ello la súplica del abuelo de mi padre, moribundo en el momento de mi nacimiento. Ignoro si este capricho se debió a alguna providencia divina, propia de quienes están en el umbral de la muerte y reciben el hálito de los ángeles, o si por el contrario, fue por su pasión de historiador y su demencia de viejo, hasta exhalar en paz el último resuello de sus ciento dos años bien vividos. Lo cierto es que este incidente fortuito fue un factor más, junto con los ya mencionados, lo que hizo de mí un crío diferente a otros, alumbrados en la madrugada del mismo día.

Agradezco sobremanera la extravagancia de mi bisabuelo Ignacio pues, como de los detalles más nimios se tejen los hilos de la vida, la rareza de mi nombre solía marcar un hito en las memorias distraídas, ya que bien fácil es olvidar el nombre de Ramón, José Manuel o

Roberto, pero difícil es olvidar el de Orestes. No dudo además de que tal nombre me inyectó la misma sangre brava que ayudó a los griegos a salir airosos de la guerra Troyana. Esa fortaleza debió asistirme, como un aliado oculto, en momentos en que otros gladiadores hubiesen sucumbido enfrentados a dragones de tres cabezas.

¡Hagamos un alto y analicemos las circunstancias de la vida! Sentémonos a la mesa de los jugadores y participemos de las apuestas. Cada tahúr recibe de la baraja un juego de cartas y con ellas arma el mejor abanico que puede. Agudiza sus sentidos y afila su inteligencia para tender su suerte contra la de sus adversarios. Le imprime a su mirada un gesto de indiferencia o finge malestar, para despistar al enemigo. Su sagacidad y su experiencia son un factor importante pero no suficiente, pues están sujetas a la jerarquía del naipe. El oportunismo con que sepa abrir su juego puede ayudarlo en la contienda, pero nuevamente, lo que más pesa es la abundancia del destino que lo dotó con una escalera flor contra la escasez de un trío. De igual forma, cualquiera de nosotros hubiese podido nacer envuelto en cobijas de seda con bordados de oro, mérito de los príncipes, o ya bien sea, rodeado del aroma que desprende el estiércol del ganado. En el ejemplo que nos ocupa, el ganador de la partida se acuesta satisfecho y con los bolsillos llenos; el perdedor sueña con la revancha como su único consuelo. En el ínterin, las virtudes de la inteligencia, enfrentadas al azar del destino, quedan en entredicho.

¡Igual pasó con Orestes!

Siendo el menor de la casa, heredé ropas ajenas y pocos privilegios, pues entiéndese que la fuerza acapara más que la inocencia. En incontables ocasiones tuve que callar, morderme los labios de rabia y aceptar sin remedio el atropello de mis hermanos. El auxilio y la justicia, buscados con desespero en mi madre o en la fámula, fueron esfuerzos inútiles frente a urgencias más apremiantes que las del llanto de un mocosito. Para soportar dicha realidad y como la mejor de mis apuestas, desarrollé la virtud de la paciencia, algo difícil en una sangre inyectada de pasión por la casta de su nombre. Este atributo me sirvió para no amargarme y aceptar en solitario el pasar de los minutos y de los días; a su vez facilitó la hipertrofia de mi inteligencia y la represión de mis más íntimos sentimientos (un dato que registro, para tener en cuenta en mi defensa).

Mirando retrospectivamente, no me arrepiento ni hago un juicio de conciencia. Como la peor de mis suertes, esa represión de la cual he hecho mención fue sacudida a destiempo, en edad madura por demás, cuando ostentaba un alto cargo en la curia como emisario secreto de Su Santidad Pío IX. Ésta es una tragedia que se comprenderá en su momento, como obedece a cualquier investigación que reposa en incontables folios sobre el escritorio de quien imparte justicia. He de conservar un orden regio para no olvidar los detalles más relevantes que marcan la primera infancia de cualquier hombre, en la que germinan los criminales más cruentos o los poetas más preciados.

Las circunstancias que rodearon mi niñez hicieron de mí un párvulo retraído e inseguro, más dado al llanto que a la risa. Mis hermanos, alejados en edad, me impidieron el acercamiento y la distracción que cualquier chico hubiese anhelado. Su trato fue más bien

distante y déspota, un hecho que mi fina sensibilidad resintió como un acto de injusticia. Este factor fue predominante para la escogencia de mi oficio como servidor de la Santa Iglesia.

Mi padre, llamado Ezequiel, laboraba como una hormiga. Tengo entendido que su padre, don Rafael, le inculcó una férrea disciplina y unos valores monásticos, que hacían del esparcimiento un pecado y del trabajo una virtud. No se permitió, por tanto, desperdiciar su precioso tiempo alzando a alguno de nosotros. Tampoco aprovechó los domingos, por mandato celestial días de descanso, para invitar a mi madre, bautizada Anastasia por costumbre castellana de heredar sucesivamente el nombre de los padres, para distraerla de tanto tedio del cual, debo decir, ella nunca se quejó.

Mi padre salía madrugado para solventar varios frentes de trabajo. Debía atender a las necesidades de su madre, María del Carmen del Divino Socorro —la señora Carmen para abreviar—. Por ser el primogénito, recayó en él la responsabilidad de velar por las obligaciones y los dominios dejados a la deriva con el fallecimiento trágico de don Rafael, quien ahogóse al naufragar el champán en que navegaba por el Río Grande de la Magdalena, en uno de sus viajes de negocios. También laboraba como jurisconsulto, lleno de ilusión, con la exigencia grabada en su persona con la máxima de «la letra con férula entra», de ser el mejor en su oficio. Su paso por nuestras vidas sintióse como el de un fantasma, que con seguridad puso orden y dio instrucciones claras y precisas sobre la administración y las leyes de la economía familiar, acatando nosotros el rigor y el peso de sus ordenanzas por boca de mi obediente madre.

Sin embargo, no debo serle ingrato. Tal laboriosidad nos dio prestigio, comodidad y los medios para llegar a ser seres letrados. Gracias a él disfrutamos los placeres de la naciente burguesía criolla. Ante su irremediable ausencia los fines de semana, nos invitaban los familiares más cercanos, cuyos miembros menos rígidos y en ocasiones con tendencia desmedida al vicio, sí aplaudían la diversión. Para tal fin, solían organizar paseos los domingos al espléndido lago de Santa Fe o, si el mal tiempo lo impedía, nos convidaban a sus casas a pasar la tarde, amenizada la tertulia por el ruido de la lluvia.

Esta última actividad aburríame bastante; más la aprovechaban los adultos para pavonearse con sus últimas adquisiciones, empacadas en petacas y transportadas durante meses por mar y tierra. Salvóme el fuerte lazo de amistad que fui tejiendo con mi primo Celestino, hijo de Benito y María Teresa, esta última hermana de mi madre. Con él mi timidez desaparecía y era necesaria la reprensión delegada por mamá en el tío Benito.

A su lado, inventábamos venganzas amparados en la circunstancia de ser los menores en edad de cada casa y por ende los más oprimidos y, como lo singular se duplica con el igual, nuestro coraje y atrevimiento sufrían igual efecto. Éramos capaces de molestar a mis hermanas, sus primas, o a mis primas, sus hermanas, con pilatunas pavorosas, como la de introducirles en sus bolsos de paja sapos gigantes, recolectados a orillas del lago o la de correrles la silla durante un baile para verlas desplomarse por tierra, ante la risotada reprimida de la educada sociedad granadina. Diríase que nuestra naturaleza era perversa, más como he tratado de explicar, la desventaja de tener hermanos mayores incuba una rabia difícil de manifestar en formas aceptadas.

Esta vida sencilla y sin afanes fue opacada con frecuencia por el ruido de sables que acompañó a la reciente República. La continua lucha por el poder creaba zozobra en la vida doméstica y la violencia terminó por instalarse como un elemento cotidiano. Tuvimos que aprender a convivir con ella y entender que no es asunto de la sana razón cuestionar el destino de un país condenado a padecerla.

Fui testigo de escenas tenebrosas, difíciles de desterrar de mi memoria. Durante las revueltas, los hombres parecían poseídos por dioses paganos; gritaban consignas y se atravesaban el pecho unos a otros con cuchillos y espadas. Sus cuerpos quedaban desparramados sobre el adoquinado de las calles; sus carnes descuartizadas desprendían un olor pútrido y aquellos que pasaban a mejor vida permanecían expuestos a la intemperie, hasta tanto se declarase un vencedor. Se improvisaban enfermerías en las aulas de los colegios y en los corredores de los conventos, en donde los heridos recibían el cuidado de las monjas. La infección terminaba por matar a la mayoría. Los que lograban sobrevivir deambulaban por doquier, ayudados por un palo como pierna o como brazo, amarrado de la mejor forma al muñón. Vivían como fantasmas por el resto de sus vidas, como voceros de historias inverosímiles en las que contaban cómo, después de haber matado a una veintena de enemigos, se resistían a padecer la ingratitud del olvido.

Durante estos estallidos de guerra las familias se encerraban a cal y canto, adivinando el curso de los hechos por los gritos provenientes del exterior. Yo despertaba en medio de alaridos, reviviendo en mis pesadillas la violencia desatada por la pasión de quienes seguían hasta la tumba a su caudillo. Quedaba insomne y me acogía a las plegarias, rezadas en coro con mi madre o con cualquiera de mis hermanas, invadidas como yo de pánico. En esos tiempos difíciles me sentía allegado a los míos y encontraba en ellos la lumbre que calienta e ilumina en las noches de invierno. Entonces y ante la desgracia de los sucesos, todos éramos iguales; con la misma fragilidad, el mismo susto, el mismo llanto. Mis hermanos mayores no osaban proferir sus acostumbradas burlas ni se mostraban superiores en su fuerza o en sus juicios. Incluso mi padre era presa de la preocupación; olvidaba la distancia y la severidad hacia nosotros, reía nerviosamente, nos leía alguna historieta para pasar el rato, proponía acertijos u otros juegos.

Los días transcurrían en un encierro que sólo era roto por los mandados que debía ejecutar el mayordomo de la quinta para regatear y conseguir los víveres que empezaban a escasear. Su valor era retribuido con nuevos rezos y propinas extras, además de los mimos de su esposa que lo daba por muerto.

El final de la barbarie se anunciaba con vítores y tambores; las banderas de los bandos enfrentados se reemplazaban entre sí, según el triunfador. La celebración de la victoria era igual o más peligrosa que la guerra misma. Los lugartenientes se hacían los sordos para atajar la sed de la tropa, la que exigía una recompensa después de tanto sacrificio. La chicha y el aguardiente circulaban entre ellos hasta hacer hervir la sangre y despertar demonios, sedientos de venganza. Los soldados saqueaban los locales comerciales, asaltaban las tiendas, abusaban de las campesinas y se las repartían como parte del botín. Ningún parroquiano

osaba levantar la voz o servir como testigo para condenar tales hechos so pena de terminar en la prisión, inculpado como espía.

Pasada la tormenta, lo acontecido volvíase tema de conversación para los bailes. La banda municipal borraba con sus notas marciales cualquier resto de duda sobre la tragedia. Las calles eran barridas y limpiadas por los perdedores, el olor a carne descompuesta era cambiado por el de creolina, los muertos eran enterrados en fosas comunes y sus cuerpos rociados con cal para alejar a las ratas y a los buitres, la sangre que impregnaba los adoquines desaparecía con el tiempo, gracias al efecto de las lluvias. Las ánimas de los caídos en combate vagaban errantes a pesar del rezo de las viudas y el lamento de los huérfanos. Entre tanto, la sociedad acogía en su seno al nuevo dictador con todos los honores y una aparente tranquilidad resucitaba de los escombros; se creaba un espejismo que poco duraba y que se desvanecía con la próxima revuelta.

Viví tales hechos así como se viven el invierno y el verano, entendiendo poco, como si se tratara de un acontecimiento que me rozaba la piel, sin pensar nunca que mi sangre o la de mi familia pudiese ser derramada en estas ferias.

Mi condición de niño acomodado me distanció bastante y con razón de las clases serviles, compuestas en su mayoría por leñateros, deshollinadores, carboneros, aguadores y parihueleros, de aspecto sucio y rostro alegre. Contrastaban sus harapos y sus cotizas con nuestra immaculada vestimenta, confeccionada con finos paños oscuros, importados preferiblemente desde la lejana Londres. Aclaro, sin embargo, que me hallaba distante de las clases serviles en la forma más no en el contenido, pues un espíritu proclive a la justicia vive como propias las penas ajenas.

Puesto que mis hermanos no mostraban interés en el chico de la casa y por el contrario fomentaban la indiferencia, olvidaba mi mutismo, mi condición social y mi mundillo de seres imaginarios para mezclarme con estos huérfanos. Sufría el disgusto de mi madre, preocupada del qué dirán y miedosa del reproche de su esposo al enterarse de las andanzas de su hijo y he de denunciar que más de un jalón de orejas me gané con estas prácticas, poco dignas de apellidos tan ilustres. Pero es justo afirmar que, además de Celestino, fueron esos parias mis mejores amigos.

Tal hecho creó confusión en aquellos, los años más vulnerables de cualquier crío, al desear más ser hermano de los pobres que de los míos propios. Lo cierto es que una rebeldía naciente e insospechada me hizo mirar el mundo desde diferentes lentes, inclinándome más por el de la debilidad y la pobreza del doliente. Nada de raro tenía que regalase el mejor de mis trompos o que reservase parte del postre de la cena para alguno de ellos. Esta confusión se hacía patética después de la eterna misa dominical, al vivir la contradicción de lo predicado con lo practicado, cuando buscaba de soslayo y como un juez implacable un atisbo de culpa en los ojos piadosos de mis padres, a quienes, pese a conocer sus debilidades, amé a ciencia cierta.

¡La ventura de tener más que otros no fue una ventaja para mí sino una pócima venenosa que, poco a poco, alimentó un rencor desconocido! Pisé los terrenos de la melancolía: adelgacé y empalidecí sin causa aparente ante los ojos ciegos del adulto, sabio

en los dictámenes ajenos e ignorante en los propios. Los estragos en mi torturado espíritu marcaron aún más mis huesos de prepúber; unas ojeras cenicientas tatuaron las cuencas de mis ojos. Ante la gravedad de mi dolencia se me declaró en estado clorótico.

Fue el padre de mi madre, el abuelo Inocencio, galeno graduado de L'École de Médecine de Paris, el encargado de mi cura. Sugirió el campo como el mejor escenario para respirar aires renovados. Se dedicó de lleno a la tarea de cuidar a su bien amado Orestes, apoyado en la *Farmacopea de Dorvault*, para salvar su honor y mi vida. Formuló una purga de gusanos con leche de higuierón, agua de paico y aceite de palmachristi, lo que empeoró de inmediato mi salud al entrar en un estado febril y místico que me arrebató la conciencia por algunos días.

La verdadera cura no provino de sus doctos conocimientos, sino de la ternura de su esposa Águeda, quien vio el cuadro morbosos en el iris de mis ojos. Con un tacto bendito, sin decir mucho, escarbó entre lo poco de mis palabras hasta lograr un lazo de confianza que permitió el vaciamiento de un alma refrenada hasta enfermar. La inteligente abuela me llenó de consuelo y colmó de paso el orgullo de Inocencio, quien atribuyó a los sinapismos de mostaza y al agua de las siete hierbas los poderes milagrosos que finalmente restablecieron los colores y hasta una sonrisa ocasional en su nieto consentido. El caso es que, gracias a dicha enfermedad, mi cuerpo se estiró más de lo debido, producto de la fiebre, según la sabiduría de mi abuelo Inocencio. No fue suficiente soltar el dobladillo de cuanto pantalón tenía, ni posible utilizar las camisas de siempre; gracias a ello estrené ropas nuevas y me urdí de un buen pretexto para practicar la caridad y repartir mi ajuar entre los chiquillos de la calle. Salí tambaleante de la convalecencia, como si mi cuerpo no fuese mío. Pensé, ingenuamente, que al ganar en estatura ganaría en respeto y no en más burlas, como sucedió al mostrarme torpe para desplazarme por el mundo con mis nuevas dimensiones.

A pesar del buen término de mi enfermedad, habría sido mil veces preferible morir con el alma intacta de pecado. De tal forma el destino me hubiese librado de una vez y para siempre de mis futuras peripecias, rebalsado en los humores de Margarita de Vizcaya, degustando el almíbar de su savia, comiendo de sus frutos prohibidos, extraviado como una abeja en los pliegues dulces de su anatomía. ¡Al Maestro de los Escribanos, a Aquel que desde el cenit domina con su pluma la vida de los hombres, se le debió trastocar el entendimiento, acaso por piedad, al permitir que el joven Orestes recuperase la salud!

La abuela Águeda supo además aconsejar con acierto a mis padres: les sugirió no intervenir con su sesgada opinión en los juegos con mis amigos los parias, una fórmula certera que me permitió la alegría del divertimento sin sufrir las consecuencias del castigo. Éste sencillo remedio marcó un giro en mi vida y me hizo olvidar por un tiempo la agonía y las cavilaciones de vivir en un mundo plagado de injusticias.

De todas las vivencias que ocurrieron en mi niñez, son éstas las más relevantes que vienen a mi memoria, ochenta y tres años después. Existirán tantas otras de igual o mayor importancia, las que, por dolorosas, escapan al ejercicio que me ocupa. De lo relatado hasta el momento se hace manifiesto que el abandono, la indiferencia y la injusticia, nacido de

buena estirpe y sin añadir a tan indeseables carencias el de la pobreza, marcaron indeleblemente mi refinada esencia.

Todos estos pormenores son de carácter vital pues, como dicen los doctos, la vida es una eterna repetición de las primeras impresiones talladas en la *tabula rasa* del alma. ¡Quiera Dios que los tutores del futuro destinen sus mejores desvelos a los párvulos y que los padres, como educadores primeros por naturaleza, se esmeren con sus retoños!

¡El comienzo marca el fin, reza una máxima cuyo sabio contenido no es prudente discutir!